

## TODOS LOS NOMBRES

José Saramago, 1998

### RESUMEN

Don José es un escribiente de cincuenta y dos años que trabaja en la Conservaduría General del Registro Civil. En sus ratos libres mantiene una “importante colección de noticias acerca de personas del país que se han hecho famosos” (24). Es decir, que don José es un “biógrafo voluntario (...) Personas así se encuentran en todas partes, ocupan el tiempo que creen que les sobra de la vida juntando sellos, monedas (...), lo hacen probablemente por algo que podríamos llamar angustia metafísica, tal vez porque no consiguen soportar la idea del caos como regidor único del universo” (24).

Su trabajo en el Registro Civil le permite, y estimula, a tomar los datos exactos de sus biografiados, “la fecha y el lugar de nacimiento, los nombres de los padres, los nombres de los padrinos, el nombre del párroco que lo bautizó, el nombre del funcionario que lo registró, todos los nombres” (28). Lo hace de noche, consciente de cometer un delito. Una noche, entre las fichas de famosos sustraídas, se lleva por accidente la de una mujer desconocida, treinta y seis años, divorciada. En la ficha hay una dirección. Interesado por esa persona, Don José llega hasta la casa y se detiene ante la puerta. Dentro la escucha a ella hablando a un niño. Y también escucha la voz de un hombre.

De nuevo en la calle, sufre una alucinación en la que el tiempo retrocede 36 años para correr de nuevo hasta el momento actual. “Las calles se sucedían superponiéndose, los edificios aparecían y desaparecían, mudaban de color, de forma, todas las cosas buscaban ansiosas sus lugares” (51). Esa noche, lo desvela la conversación entablada entre su angustia y su razón. Dispuesto a conocerlo todo acerca de la mujer desconocida, don José falsifica una credencial con la que se le abrirán todas las puertas: “llegando la ocasión, hasta los buenos pueden hacerse duros y prepotentes” (63). Para corroborar este aserto, don José regresa a la casa donde vivió la desconocida y doblega la resistencia de una vecina, a la que amenaza con hacerse acompañar por la policía si le oculta alguna información. De esta forma tan canalla se entera de que la mujer fue madrina de la desconocida, y cometió adulterio con su padre. Ella dice: “En el matrimonio existen tres personas, está la mujer, está el hombre y está lo que llamo tercera persona, la más importante, la persona que está constituida por el hombre y la mujer juntos. Si uno de los dos comete adulterio, el más ofendido, el que recibe el golpe más profundo, no es el otro, sino ese otro que es la pareja, no es el uno, es la unión de los dos. Lo más común en el matrimonio es que se vea al hombre o a la mujer, o a ambos, cada uno por su lado queriendo destruir a ese tercero que ellos son” (70). Al descubrirse el adulterio, la niña y sus padres se fueron, hace casi treinta años. La mujer sólo tiene una foto de su ahijada niña, que entrega a don José, y la dirección de la escuela a la que iba.

Al despedirse, la mujer le ha sugerido que busque en la guía telefónica. “No se le había ocurrido algo tan simple (75) [porque] lo que da verdadero sentido al encuentro es la búsqueda (76). Pero tú no quieres encontrarla en poco tiempo, quizá ni en mucho” (79). Después de un diálogo interior, busca en la guía, pero el nombre de la desconocida no está. “Ya lo decía yo, pensó don José, y no era verdad que lo hubiese dicho alguna vez, son maneras de darse la razón contra el mundo, de desahogar, en este caso, una alegría” (81). A los que sí localiza son al padre y al marido divorciado, pero, de momento, no quiere hablar con ellos.

Las noches de insomnio y el pensamiento distraído llevan a don José a cometer errores en su trabajo. El conservador lo amonesta y sanciona con un día de suspensión salarial. “El jefe tiene razón, pensaba don José, si yo fuera juicioso, normal (...) lo malo es que todo esto, quizá, me venga de vivir sin compañía, si tuviese una mujer (...) Y para qué la quiero yo, para qué, qué haría yo con ella después de haberla encontrado (89/90). Probablemente no le hablaré cuando la tenga delante (...) Es absurdo, pero ya era hora de hacer algo absurdo en la vida” (92).

Don José toma la decisión de asaltar la escuela donde estudió la niña. Ya en el taxi, camino de su objetivo, “el pensamiento se escondió detrás de una pared, De aquí no salgo, dijo desde allí y él comprendió que el pensamiento lo quería proteger, no del miedo, sino de la cobardía” (96). Sin embargo, amparado por la oscuridad y la lluvia, esa noche don José irrumpe en la escuela e inicia una penosa búsqueda de las fichas. “Por cuántos sufrimientos tienen que pasar las personas que salen de la tranquilidad de sus hogares para meterse en locas aventuras” (120). En el archivo sólo están las fichas más recientes. Encontrar las antiguas “será sólo cuestión de tiempo y paciencia, [pero] desde el principio de su vida don José sabe que sólo necesita tiempo para usar la paciencia, desde el principio espera que a la paciencia no le falte el tiempo” (123).

Como recompensa a tanto sufrimiento, don José encuentra las fichas, cada una con su foto. “En la Conservaduría General sólo existían palabras, no se podía ver cómo habían cambiado las caras, cuando lo más importante era precisamente eso, lo que el tiempo hace mudar, y no el nombre que nunca varía” (124). “Don José entró al cuarto de baño para lavarse las manos, se quedó asombrado cuando se vio en el espejo, no imaginaba que pudiera tener la cara en aquel estado, sucísima, surcada por regueros de sudor, No parezco yo, pensó, y probablemente nunca lo había sido tanto” (125).

El aspecto deplorable de don José ahuyenta a los taxistas y tiene que regresar andando a casa, bajo una lluvia persistente. En consecuencia, coge una gripe que le obliga a faltar al trabajo. Para su sorpresa, el director envía al subdirector con unas pastillas y le desea que se mejore. “No había memoria en la tradición oral, ni registro escrito en los anales de la Conservaduría de que alguna vez un jefe se hubiera interesado por la salud de un escribiente hasta el punto de mandarle un propio con pastillas” (136). Por una ligereza de don José, el emisario ve las fichas escolares sobre la mesilla. Cuando después entra el jefe, el enfermo se siente atrapado, pero el conservador sólo ha ido a desearle que se alivie. “Cuídese, fue lo que dijo en un tono que tenía tanto de condescendiente como de imperativo, sólo los mejores jefes son capaces de unir de forma armoniosa sentimientos tan

contrarios, por eso cuentan con la veneración de sus subordinados” (143). Al anochecer se presenta un enfermero enviado por el jefe para darle las medicinas recetadas por el médico, ponerle una inyección y servirle una comida preparada. El enfermero también le cura las heridas que se hizo en la escuela, accediendo a su petición de no reflejarlas en el informe, pese a que “la ocupación principal [de los conservadores] es colegir información sobre los subordinados” (147). “Lo que me salva es que el jefe sea como es, si no fuese por él, estaría ahora muriendo de hambre y de abandono” (150).

Pasados unos días, don José vuelve al trabajo. El jefe se interesa por él y le reconviene: “La soledad nunca ha sido buena compañía, las grandes tristezas, las grandes tentaciones y los grandes errores resultan casi siempre de estar solo en la vida, Se refiere a los errores del servicio, Me refiero a los errores en general, Nunca he hecho mal a nadie, Y los errores contra sí mismo, Debo de haber cometido muchos, a lo mejor por eso me encuentro solo” (157). La conversación se interrumpe porque don José sufre un leve desmayo. El jefe, vulnerando de nuevo “las reglas, la costumbre y la tradición” (157) ordena que le den diez días de vacaciones, que don José aprovecha para buscar en la dirección escrita en la última ficha escolar. El resultado es infructuoso y don José tiene una conversación con el techo de su alcoba: “Vivía en paz antes de esta obsesión absurda, andar buscando a una mujer que ni sabe que existo, Pero tú sí sabes que ella existe, el problema es ese” (176). Desalentado, interrumpe sus vacaciones y regresa al trabajo. Entre las fichas de nacimiento que debe rellenar, una tiene un nombre casi idéntico al de la mujer desconocida, lo que significa que deberán ser archivadas una junto a la otra. Sin embargo, no podrá ser así porque la primera ficha ya no está en el archivo, y eso tiene una sola explicación: la mujer desconocida ha muerto.

Al llegar la noche, don José se interna en el archivo de los muertos, una catacumba tenebrosa en cuyo interior se hubo perdido más de un funcionario, lo que dio lugar a que el conservador, para salir al paso a “irresistibles crisis nerviosas” (188) y “preocupantes demoras” (189), instituyera el uso del hilo de Ariadna. Don José lleva su propia cuerda, que ata a la mesa del conservador. Justo al recoger un expediente caído al fondo de la sala, la linterna se le apaga, obligando a don José a emprender el regreso. En sus manos lleva el expediente recogido del suelo. “Cuando lo abrió y vio que era el de la mujer desconocida, su conmoción fue tan fuerte que no le dejó oír el ruido de la puerta de la Conservaduría, como si alguien acabase de salir” (199).

“Tomando como buena la fecha del óbito inscrita en la ficha, la mujer desconocida había muerto dos días después del deplorable episodio que transformó en delincuente al hasta ahí honesto don José” (201). Caso cerrado, aunque, seguramente, a la mujer del entresuelo derecha le interesaría conocer la noticia. Don José no espera al sábado para informarla. Al día siguiente, después de acabar la jornada, sube al autobús (desde el cual ve al jefe entrar en la Conservaduría) y se presenta en casa de la mujer. Ella insiste en saber los motivos de la búsqueda y ante la negativa del funcionario, lo echa de su casa. Entonces, don José accede a contarle todo.

“Cuando acabé de hablar, me preguntó, Y ahora qué piensa hacer, Nada, dije yo” (220). Aquí, don José se expresa en primera persona porque estamos leyendo unas páginas de su cuaderno de notas. “Pero, estando muerta, podrá seguir buscándola, No la entiendo, Por qué no habla con los padres, con el antiguo marido,

Para qué, Para saber alguna cosa más sobre ella, cómo vivía, qué hacía” (221). “Voy a pensarlo. Le besé la mano como la primera vez, pero entonces ocurrió algo que no esperaba, ella mantuvo mi mano agarrada y se la llevó a los labios. Jamás en mi vida una mujer me había hecho esto, lo sentí como un choque en el alma, un estremecimiento del corazón” (224).

Esa noche, al acostarse, don José “se quedó un minuto con los ojos abiertos pensando, No voy a poder dormir. En el segundo minuto ya dormía. Se despertó tarde, ni siquiera tuvo tiempo de afeitarse” (226). El conservador “paró un instante junto a la mesa de don José y lo miró con severidad. La reprimenda, pensaron todos, está al caer. Sin embargo, pronto percibieron que los tiros no iban por ahí” (227). Tras reclamar la atención de todos los empleados, el jefe les comunica que, a despecho de la tradición, ha decidido juntar a los vivos y a los muertos, aclarando que “si recientemente no hubiesen tenido lugar ciertos hechos y esos hechos no hubiesen suscitado en mí ciertas reflexiones, jamás habría llegado a comprender el doble absurdo que representa separar a los muertos de los vivos (...) estoy hablando, únicamente, de asuntos concernientes a la Conservaduría General, y no del mundo exterior, donde, por razones que atañen a la higiene física y a la salud mental de los vivos, se usa enterrar a los muertos” (234).

Al llegar el fin de semana, Don José va al cementerio, un recinto “desgobernado y delirante” (242), desprovisto de muros, que se desparrama entre las casas, mezclando muertos y vivos. Para su sorpresa, la fosa de la mujer desconocida está en el área de los suicidas. Después de caminar largas horas, encuentra la sepultura. Ya es de noche, y don José decide pernoctar allí, en el interior del tronco hueco de un olivo. “Siente el estómago pidiéndole comida, pero no le importa, nunca nadie ha muerto por haber prolongado el intervalo entre dos refecciones, salvo cuando la segunda tardó tanto en ser servida que no llegó a tiempo de servir” (264).

Don José “se resiste a regresar mientras no sienta que en sus ojos deslumbrados ya no quepan más amplitudes, [porque] no consigue liberarse de una idea fija, la de que nadie más, a no ser él, podrá mover la última pieza que quedó en el tablero, la pieza definitiva, aquella que desplazada en la dirección correcta, dará sentido real al juego” (265). Al amanecer, un pastor se ofrece a contarle “la verdad sobre el terreno de los suicidas [si antes don José le jura] solemnemente que nunca desvelará el secreto a nadie, Lo juro por lo más sagrado que tengo en la vida, Y qué es para usted lo más sagrado de su vida, No sé” (265). El pastor le revela que en aquella tumba no está el cadáver de la mujer desconocida; es más, ningún cadáver de suicida se corresponde con el nombre de su lápida porque él se encarga de cambiar los números provisionales que la administración les adjudica. Lo hace convencido de que “las personas se suicidan porque no quieren ser encontradas” (271). Don José despide al pastor. Luego presencia un enterramiento y, cuando todos se marchan, él también cambia el número.

Por la tarde, decide visitar a los padres de la suicida, pero no quiere hacerlo sin llevar una credencial, de modo que entra en la Conservaduría para coger un impreso. En ello está, cuando escucha el ruido de una llave en la cerradura de la puerta de entrada. “El jefe, pensó don José, sintiendo las piernas flaquear (285). Pero aún tiene tiempo de llegar hasta su casa sin ser visto. Luego, los padres de la

suicida le dicen que era profesora en el mismo colegio en que estudió, y que murió por una ingestión de pastillas. Antes de irse, la madre le entrega en secreto las llaves de la casa donde vivió la muerta.

A la mañana siguiente, decide faltar al trabajo para hacer indagaciones en el colegio. Por el camino pide a un agente que le oriente. “Es verdad que la situación, la ley aconsejando al crimen, le proporcionó un cierto placer subversivo” (296). Ni en el colegio ni en la casa encuentra don José una explicación, “la carta, el diario, la palabra de despedida, la señal de la última lágrima. Para qué, preguntó, supongamos que tal papel existe, no sería por leerlo por lo que los vestidos dejarían de estar vacíos, a partir de ahora los ejercicios de matemáticas no tendrán solución, la colcha de la cama no será apartada, lo que acabó, acabó” (306). Antes de irse, don José acaricia las sábanas, los vestidos, “el olor que desprendían podría llamarse olor de ausencia” (308). Por un momento se le ocurre quedarse a dormir en aquella cama, pero desecha la idea y se encamina a casa de la señora del entresuelo derecha, que no está porque hace tres días se la llevó una ambulancia.

Al regresar a casa, encuentra la luz encendida. Dentro le espera el conservador, que tiene sobre la mesa todas las fichas, las credenciales, el cuaderno de notas. “Puedo explicarlo, No es necesario, he seguido regularmente sus actividades, Mañana presentaré mi dimisión, Que yo no aceptaré, Por qué, si puedo preguntarle, Puede, una vez que estoy dispuesto a convertirme en cómplice de sus irregulares acciones (312). Sabe lo que yo haría si estuviese en su lugar, No señor, Sabe cuál es la única conclusión lógica de todo lo que ha sucedido hasta este momento, No señor, Hacer para esta mujer una ficha nueva, igual que la antigua, pero sin la fecha del fallecimiento, Y luego, Luego la coloca en el fichero de los vivos como si ella no hubiese muerto, Sería un fraude, Sí, sería un fraude, pero nada de lo que hemos hecho y dicho tendría sentido si no lo cometiésemos (313). Se acuerda de lo que dije allí dentro el viernes, Sí señor, Por lo tanto recordará que yo hice referencia a ciertos hechos sin los cuales nunca habría llegado a comprender lo absurdo que es separar los muertos de los vivos (...) Hay todavía una última cuestión por resolver, en el expediente de su mujer desconocida falta el certificado de defunción, mientras no lo encuentre esa mujer estará muerta, Estará muerta aunque lo encuentre, A no ser que lo destruya (...) Don José entró en la Conservaduría, fue a la mesa del jefe, abrió el cajón donde lo esperaban la linterna y el hilo de Ariadna. Se ató una punta del hilo al tobillo y avanzó hacia la oscuridad” (314).

## COMENTARIOS

Después de la dimensión colectiva del *Ensayo sobre la ceguera*, Saramago concentra su atención en el dramatismo individual, casi microscópico, porque haría falta una lupa muy gruesa para percibir la existencia de un protagonista tan insignificante que si no hubiera nacido nadie lo habría echado en falta.

*Todos los nombres* cuenta la rebelión inconsciente de un hombre contra un orden que agrupa a todos los nombres para anularlos. A sus cincuenta años, don José no es más que un funcionario anodino que ni siquiera ha superado el rango de

escribiente. Su única afición es cultivar las biografías de algunas personalidades extraídas de la gran masa. Lo hace con dedicación soñadora de adolescente, y no es difícil suponer por qué: esta colección le permite expresar su resistencia al orden exterior manteniendo su propio orden. Algo ilusorio a todas luces, porque por mucho que don José celebre su hegemonía sobre la muchedumbre al intuir antes que ella el momento crepuscular de alguna fama, lo cierto es que esa misma muchedumbre le dicta los criterios que él sigue para formar su catálogo.

Pero su actitud está ahí, esperando a no se sabe qué. Hasta que un día, una mujer desconocida (en realidad, su ficha solamente) se desprende de los otros millones de seres anónimos y va a parar a sus manos. Ese día, la resistencia se convierte en rebelión. Don José tiene ahora la oportunidad de componer no una biografía, sino una vida. Y, posiblemente, de alterarla. De momento, el breve encuentro ya ha alterado la suya propia, porque “el timorato don José, no siendo persona que se pueda apuntar como ejemplo o modelo de bravura”, se viste con la capa del héroe para rescatar a su desconocida. Y habiendo sido un hombre honesto, se muestra capaz de cometer “los abusos, las irregularidades y las falsificaciones” (13) más inconcebibles.

Lo malo de los héroes es que, aunque por un tiempo la suerte los sonría, finalmente son vencidos por la fatalidad. Y eso le pasa a don José. Cierto que la fortuna está “de un prodigioso modo a su favor” cuando a las fichas de los famosos se adhiere la de una mujer tan apropiada para agitar su espíritu, o cuando conoce a la buena mujer del entresuelo derecha, o cuando en el último instante de luz encuentra la ficha deseada al fondo de un archivo en el que cuesta dar con lo buscado, o cuando reaviva en el conservador el rescoldo de alguna vieja rebeldía sometida y olvidada. La fortuna lo sonríe en todas esas ocasiones, pero le vuelve la espalda la noche en que asalta el colegio y abre el fichero de los maestros. Esa noche, la fatalidad embota los dedos de don José para que no intuyan la inminencia de la ficha reveladora, la que habría puesto fin a la búsqueda cuando la mujer desconocida todavía estaba viva, y él habría podido, quizás, evitar su muerte.

Después de eso, ¿qué le queda a don José? Ha terminado la búsqueda de una vida en el mundo de afuera. Ahora, seguirá buscando una muerte en el interior de la Conservaduría, un papel que quizá no exista y, del mismo modo que no encontró la vida, tampoco encontrará la muerte. Pero seguirá buscando. Después de todo, “lo que da verdadero sentido al encuentro es la búsqueda”.

En cuanto a la insólita conducta del director, no cuesta aceptar la instigación que sobre él ha debido de ejercer la lectura del diario de don José, un rebelde sin osadía que, además, no ha incurrido en ninguna falta que la jerarquía pudiera considerar intolerable, como pereza, negligencia o insubordinación.

### Estilo

Dice Saramago: “Yo no pienso para escribir, sino que escribo lo que estoy pensando. Tienes que sentir, no que estás escribiendo, sino diciendo.” Por eso su discurso es el de un relato oral. De hecho, el autor no se dirige a un lector, sino a un

“oyente” (242). Así, resulta que el receptor de la historia pasa tanto o más tiempo en compañía de don José autor, que de don José protagonista.

Sin embargo, cuando uno intenta cumplir con la voluntad de Saramago, y trata de decir el texto, se encuentra con algún problema en los diálogos, debido a que las distintas voces se suceden sin otro indicativo del cambio de personaje que una coma seguida por una letra mayúscula. Ni siquiera los signos interrogantes alteran esta regla: “Recibí una carta, De quién, De la niña, Qué decía, Nada especial.” Y es que el autor pretende resolver con la coma gran cantidad de inflexiones, que podría conseguir de un modo más apropiado con otros signos. En alguna ocasión no se explica la negativa a usar el punto y seguido: “Entreabrió la puerta con todo cuidado y acechó, como previera, las empleadas de la limpieza ya no estaban, entró, fue rápidamente” (205). O esta otra: “Fíjese bien en este trabajo de zurcido, es como si no hubiese ocurrido nada, así suelen hablar las personas que se contentan con las apariencias” (293). Este diálogo es iniciado por la empleada de la lavandería y terminado por el narrador, pero ningún lector lo entonará correctamente porque el cambio de voz no está debidamente indicado.

Igual aversión muestra el autor hacia el punto y aparte, llegando a enlazar hasta nueve páginas con un solo párrafo: 168/176.

En cuanto al tiempo de los verbos, suele introducir un párrafo en pasado, para continuar su redacción en presente: “comenzó a ser objeto de avisos severos, que sólo sirven para confundirlo aún más” (86); “Un cuarto de hora después salió el padre, toma la dirección contraria” (109).

Lo que resulta evidente es la preocupación de Saramago porque la palabra llegue al lector sin perder o modificar su sentido, de ahí que no le duelan prendas a la hora de dar más de una versión de sus ideas: “dicho con otras palabras”, o “si queremos usar palabras simples”, o “hablando en términos vulgares”, o “más crudamente hablando”, “por así decir”, “hay que decir”, “dígame ya”, “aclarémoslo”.

Este afán de claridad se pone de manifiesto en el profuso, y a veces prolijo, empleo de subordinadas: Don José “también tiene apellidos, / de los más corrientes, / sin extravagancias onomásticas, / uno por parte de padre, / otro por parte de madre, / según la norma, / legítimamente transmitidos, / como podríamos comprobar en el registro de nacimiento (...) / si la sustancia del caso justificase el interés y si el resultado de la averiguación compensara el trabajo de averiguar lo que ya se sabe” (19).

Destaca también la precisión elegante: “ser el único residente nocturno del conjunto del edificio formado por la Conservaduría y su casa, si es que ésta era merecedora de que le diesen el nombre de edificio, sin duda adecuado desde un punto de vista lingüístico riguroso, pues edificio es todo cuanto fue edificado, pero obviamente impropio en comparación con esa especie de dignidad arquitectónica que de la palabra parece emanar, sobre todo cuando la pronunciamos” (207).

Saramago parece dar por hecho que su lenguaje consigue la penetración del lector en el relato hasta el punto de compartir el escenario con el protagonista.

Don José cree que se le han caído cinco fichas, “y no eran cinco, eran seis como cualquier persona podrá ver y contar, una, dos, tres, cuatro, cinco, seis” (40).

Otras veces, en cambio, se distancia para permitirse una concesión a la estética sublime, como cuando cuenta el modo en que don José pasó a través de la ventana, “cayendo al otro lado, suavemente, como una hoja que se hubiese desprendido del árbol.” Pero, en seguida, se llama al orden a sí mismo y corrige: “El respeto por la realidad de los hechos reclama la inmediata aclaración de que don José no cayó suavemente, como una hoja que se hubiese soltado de la rama. Por el contrario, lo ocurrido es que cayó como caería el árbol entero” (101/102).

### Pensamientos

“No hay nada que canse más a una persona que tener que luchar contra una abstracción” (29).

“El documento más buscado desde que el mundo es mundo, [es] el certificado oficial de nacimiento de Dios” (38).

“En rigor, no tomamos decisiones, son las decisiones las que nos toman a nosotros” (46).

“Las vidas son como los cuadros, conviene siempre mirarlos cuatro pasos atrás, incluso si un día llegamos a tocarles la piel, a sentirles el olor, a probarles el gusto” (82).

“El diseño de todas las vidas está hecho de líneas quebradas, pero nunca de bifurcaciones, porque el espíritu no va a ningún lado sin las piernas del cuerpo [¿?], y el cuerpo no sería capaz de moverse si le faltasen las alas del espíritu” (82).

“Cuando se lleva un niño a bautizar, se lleva a uno y se trae a otro” (95).

“Es curioso que se diga siempre pobre diablo y nunca se diga pobre dios” (135).

“Llevar el retrato de una persona en el bolsillo es como llevar un poco de su alma” (132).

“La metáfora es siempre la mejor forma de explicar las cosas” (300).

### Discordancias con la Academia

“los bóstridos, insectos comedores de madera” (81). No en el DRAE.

“muebles de estilo bazo” (304). En el DRAE *bazo* es un color, no un estilo.

### Acerca de la edición

Los números entre paréntesis indican la paginación en la edición del Círculo de Lectores. En la página 30 dice: “La noche sería eterna si no hubiera noche”. Para entender este párrafo debería decir “el día sería eterno si no hubiera noche”. En la edición de Alfaguara está igual que en ésta. En la página 288 dice “empañada”, cuando debería decir “empeñada” (correcta en la versión de Alfaguara).



## OTROS LIBROS DEL MISMO AUTOR

- [El evangelio según Jesucristo](#) (1991)
- [La caverna](#) (2000)